

THE NEW SPAIN

(Cuento extranjero)

Por JUAN MOLLA

AVANZABAN los tres medio en silencio. Les gustaba caminar así, un paso ni lento ni precipitado. El silencio les unía más, si puede llamarse la unión de los que se saben colectivamente solos.

Por la calle, que miraba a poniente, de altos edificios, ya antiguos —aquellos pajizos, turbios, de la reforma de 1976— no se movía apenas nadie. Estaban ya en las afueras, por esa parte de Marid que dejó, hace tiempo, de crecer. Al fondo, se veían las colinas verdosas. Con todo, una larga muchedumbre se apelotonaba en la acera, a la puerta gigante de un espectáculo. Una de esas muchedumbres modernas, confusas y silenciosas, de gentes inmóviles, con expresiones absortas y respiración contenida, como ahorrando energías largamente, para el gran derroche preconcebido. Esas muchedumbres que, sin embrago, pese a la civilización, se agrupan hoy como hace siglos, por no haberse resuelto su espera de otro modo más técnico.

Los tres caminaban, cuesta arriba, sin fijarse mucho en esos detalles. Ni en la masa de hombres, ni en el relucir de los automóviles amontonados en la explanada de un garage vecino. Pero de repente volvieron la cabeza, sorprendidos ante algo que acababan de oír. Dos parejas hablaban cerca, en castellano:

—... Nos han dicho que tuvisteis un «baby»...

Los aludidos —molestos, naturalmente— se excusaron.

—Sí; en fin... Ya sabéis cómo es Jimmy...

Jimmy, miró a su mujer agríamente; luego mejoró su expresión para explicar a los otros:

—Yo creo que un niño siempre resulta una distracción...

... Los tres amigos continuaron su camino, dejando a las espaldas las voces cada vez más apagadas:

—... hablar?

—¡Yes, sí! Ya sabe decir brot y daddy...

La calle se fué convirtiendo en carretera, en franca autopista, y cada vez iba quedando más solitaria, asaeteada tan sólo por los coches que volvían a Madrid. Cuando dejaron atrás los últimos edificios, relajaron el rápido andar. A la izquierda, al fondo, sobresalía el

restaurado palacio de Oriente sobre la monotonía de la arquitectura extendida en la hondonada. Adelante, las curvas del asfalto.

Un «Curt», que llegaba embaldado, freno repentinamente junto a ellos, y dos muchachos de cara embotada y sonrisa burlona asomaron tras el relampagueo del parabrisas:

—¡Eh, enterradores...! ¿A dónde vais?

—¡Hola! A dar una vuelta.

—¿A pie? ¡Qué humor...! ¡Vamos, subid!

—No, gracias. Otra vez será.

—Pues ¡«au revoir»! —Y el «Curt» se arrancó como se había detenido, para adelantar al «Red Canyon» que acababa de pasar de largo.

Los tres continuaron caminando. No puede decirse que sin comentarios, porque Salvador murmuró:

—Se han impuesto los lazos «dancing»...

Pero no tuvo demasiada importancia.

Se encontraban dominados esta tarde —como de costumbre, es cierto— por el acontecimiento del día.

Hoy era el de la inauguración de la nueva catedral evangélica (confundir con evangelista); aye la noticia, fechada en New-York, de que en la Reunión Suprema del Círculo Psíquico Waldorff, los píritus habían reivindicado su derecho al voto. Ninguno de los hechos tenía otro valor que el de símbolo; símbolo repetido y cansino, pero no por ello menos agobiador. Uno indicaba cuanto más, el esfuerzo por *reanimar* el prestigio del sufragio. Y la construcción de la catedral de la nueva secta no tenía tampoco ninguna portancia. Estaba financiada de América y había sido planeada con la suficiente modernidad para dar apariencia de magnitud y mentar hasta el máximo la impresión de gran concurrencia. Cuando cualquiera capaz de romper la teza de tópico y de artificio que mascaraba y encostraba todas las cosas, sabía que sólo los elegantes y algunos de los pocos obreros aun permanecían fascinados, acudían a las capillas protestante. Verdad era que tampoco acudían fieles a las viejas iglesias católicas pero no cabía comparación: El mingo hubo bastante gente en San Agustín... No, no; en S. Agustín no, que había cerrado ya puertas. En S. Francisco el Grande, especie de «Cenáculo tras muerte de Cristo», según una se reciente.

Estaban en la época en que veía a imponerse la Prensa, por menos en España, donde se leía con tanta pasión como cincuenta años atrás.

Cincuenta años atrás... Cuarenta, treinta y cinco... Los tres habían ido a parar al mismo pensamiento. ¡Qué diferencia de épocas, pero qué natural había sido todo! En el otro tiempo, aun había un gran grupo de gentes conscientes de la gran amenaza. Por lo menos hubo vagos movimientos generales.

Entonces pudo haber sido el gran momento. Y, sin embargo, quedó para la Historia —¿por qué no desenterrar un momento esta palabra?— como la época de la duda, de la indecisión. De la larga serie de ocasiones que se había dado a España, aquélla había sido la última, la definitiva; y más descaradamente perdida que las anteriores. Fue

Incertidumbre

A mi nunca olvidada amiga, Rosette Henson, en prueba de mi inextinguible aprecio.

*Cuando miro tus ojos y el semblante,
Notando la frialdad en que te inflamas
Dudo de tu pasión, mi bella amante
Y siente que es mentira que me amas.*

*Al sentir de tu traición las tramas,
Palpitante el corazón, sí, palpitante,
Arden inmensas de mi amor las llamas
Y pienso que has de ser para mí inconstante,*

*Ya para mí no hay dicha ni ventura,
Si tu amor por desgracia fugaz fué;
Ya he perdido en mi vida la dulzura
Y aun dudo de tu amor no sé por qué.*

*Si sintieras sufrimientos sin consuelo
Si vieras el dolor en que me inflamo
Si tuvieras, tú, cual yo, un anhelo,*

*Sintieras entonces que te llamo
Cuando paso las noches en desvelo.
Diciendo así: ¡Mujer, cuánto te amo!*

JOSÉ L. NERI

Manila, Septiembre de 1950.